

conceder la gracia, á fin de que al concederla más adelante, supiésemos, que el espíritu de gracia no falta jamás al verdadero espíritu de oracion, que habla y obra como en la Cananea. En este día, pues, Dios nos ha descubierto (permitidme la expresion) su lado débil, y el camino secreto para llegar hasta él, para arrebatarle de las manos sus dones, y hacernos, por decirlo, así, dueños de su voluntad.

Los filósofos antiguos decian, que la divinidad es inaccesible al hombre; y es mucha verdad. Este Dios infinito, inmenso y eterno, reside en un lugar inaccesible: millones de ángeles rodean su trono, y hacen imposible el acceso á todas las demás criaturas. Jesucristo, empero, nos ha demostrado hoy con los hechos, que la divinidad, no solo es accesible, sino tambien superable; nos ha revelado un gran secreto, nos ha descubierto un camino oculto al orgullo, pero manifiesto á la humildad, fácil, cierto y seguro para llegar hasta Dios: *El camino de la oracion*. Por este camino puede el hombre penetrar en los cielos, abrirse paso por entre la multitud de los santos y de los ángeles, forzar las guardias del gran monarca, llegar hasta su trono, quitarle el rayo de la mano, hacerle descender desde la altura de su majestad y de su gloria infinita hasta nuestra propia miseria, y obligarle á usar de misericordia con nosotros. Verdad es, que nosotros somos todos, no solo miserables, sino la misma miseria y la misma pobreza, así como Dios es la misma riqueza, la misma grandeza y la majestad misma. Verdad es, que nuestro entendimiento es ciego, nuestra imaginacion enferma, nuestra voluntad inconstante, nuestra carne rebelde, nuestro corazon inclinado al vicio y difícil de sujetar al dominio de la virtud. Verdad es, que son grandes los peligros, frecuentes las ocasiones, las tentaciones seductoras, las pasiones poderosas, las fuerzas pocas, y el valor escaso; pero ni toda esta miseria, ni toda esta debilidad nos servirán de excusa ante el tribunal de Dios, ni harán que su justicia castigue nuestras culpas con menos severidad; porque, así como á Job le quedaron sanos los labios, así á nosotros, en medio de las ruinas de nuestra condicion moral, la piedad nos ha dejado la gracia de la oracion, con la que podemos reparar todas nuestras pérdidas, recobrar todas nuestras fuerzas, y volver á una sanidad perfecta.

Verdad es, que algunas veces oramos mucho sin conseguir nada; esto sucede, empero, con respecto á las gracias del órden temporal, que, por lo general, habrian de ser perjudiciales á nuestro bien espiritual; y por esto Jesucristo, al negarnos tales gracias, nos hace la mayor de todas, mostrándose salvador amoroso de nuestras almas. Más, por lo que toca á las gracias del órden espiritual, éstas, si las

pedimos con verdadero espíritu de oracion, las obtendremos siempre y las obtendremos todas.

Excitemos, pues, en nosotros el espíritu de oracion, que es la primera y mas gratuita de las gracias de Dios, y que á ninguno se niega; procuremos utilizar este gran caudal, este tesoro precioso adquirido con la sangre de Jesucristo, y por cuyo medio se alcanza la vida eterna. Oremos con humildad, con confianza y con fervor: oremos siempre, sin intermision, como nos manda Jesucristo; porque, así como el cuerpo tiene siempre necesidad de alimento, así el alma necesita siempre de la oracion. De esta manera encontraremos en la oracion la medicina de todas las enfermedades del alma, el bálsamo de todas las heridas, el consuelo de todas las aflicciones, el antidoto de todos los vicios, el apoyo de todas las virtudes, la fuente de todas las gracias, y la llave que nos cierra el infierno y nos abre el cielo, que os deseo á todos.

CANCIONES DESHONESTAS.

Omnis immunditia nec nominetur in vobis... aut turpitud.

Toda especie de impureza ni aun se nombre entre vosotros, ni tampoco palabras torpes.

(Eph. v, 3 et 4.)

Sabido es, que las canciones influyen poderosamente en las costumbres; y así se observa, que no hay país alguno cuyas revoluciones no se hayan distinguido y fomentado con algunas canciones más ó ménos expresivas. Siempre que se ha querido sublevar á los pueblos, siempre que se ha tratado de conservar la memoria de un grande hecho, se ha recorrido á las canciones, como medio fácil de enardecer los ánimos, ó de retener en ellos la memoria de las adquiridas

glorias. El apóstol san Pablo, escribiendo á los Colosenses, les exhorta á amonestarse unos á otros con salmos, himnos y cantares espirituales: *Commonentes vosmetipsos psalmis, hymnis et canticis spiritualibus*. COLOS. III, 16. Pero en nuestros dias, muchos que se tienen por sucesores y hermanos de aquellos á quienes el Doctor de las gentes instruía y amonestaba con estas palabras, léjos de animarse unos á otros por medio de cantares espirituales, pervierten los entendimientos y los corazones, escandalizan á los grandes y á los pequeños con canciones obscenas é impías. El escándalo es público, constante, horrible. En secreto, en público, y á todas horas del dia, que el Señor nos ha dado y nos da para que le bendigamos, se le ofende con impías ú obscenas canciones; y, á veces, hasta las palabras más santas y augustas de la liturgia de la Iglesia se cantan como estribillo en impuras tonadillas, que avivan el fuego de los más abominables vicios. Es preciso cortar este mal, que es de mucha trascendencia; por eso voy á explicaros la gravedad del pecado que se comete con esas canciones obscenas ó impías, persuadido que de este modo, léjos de cantarlas, ni aun de escucharlas, en cuanto dependa de vosotros, no las permitireis por ningun concepto. Imploramos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Reflexionemos un poco sobre nuestro destino en la tierra, y vendreis desde luego en conocimiento de la gravedad del pecado, que cometen los que por medio de canciones obscenas arrastran á las almas á una perdicion segura. Nuestro destino no es un destino puramente transitorio en la tierra, como el de los animales, sino un destino más alto y sublime, que, compendiando en nosotros, digámoslo así, toda la creacion, nos hace servir de medio para remontarla á su origen, es decir, á Dios, criador de todas las cosas, y dignísimo fin de ellas. Nosotros debemos servir á Dios; y no servirle como quiera, sino servirle valiéndonos, al efecto, de todas las cosas. El hizo al hombre rey de todas las cosas, y todas ellas se muestran sometidas á su imperio, para que se las devuelva todas, ó se sirva de todas para alabarle y glorificarle.

Ahora bien: si este es nuestro destino, si, como reyes de la creacion, estamos obligados, no solo á glorificar nuestro Criador, sino á servirnos de los demás objetos para alabarle y bendecirle, deducid cuanto se apartan de su destino, y cuan enorme pecado cometen los que con canciones deshonestas enardecen las pasiones y pervierten los corazones. Faltan al deber de alabar y glorificar á Dios; y faltan al deber de procurar que todos le reconozcan y alaben. Ja-

más puede el hombre prescindir de estos deberes; deberes, que nos son tan naturales, como que procuramos cumplirlos con los que nos dispensan beneficios. Nadie hay que, no solo no se crea obligado á tributar alabanzas al padre de quien ha recibido el sér, y al amigo que le ha colmado de distinciones, sino que, naturalmente, no quiera que todos los amen y enaltezcan, como nosotros les amamos y enaltecemos. Nosotros, pues, debemos servirnos de todas las criaturas para alabar á Dios; debemos procurar que todos le glorifiquen; que toda la naturaleza, toda la creacion sea un perpétuo cántico elevado á Dios, con las suaves voces del amor y de la gratitud.

La Iglesia, que dirige las relaciones que median entre el Criador y las criaturas, eleva todos los dias cánticos á Dios, y por mañana y noche, exhorta á que le alaben y bendigan los cielos y la tierra, los ángeles y los hombres, los reyes y los pueblos, los montes y los mares, las lluvias y las nieves, las noches y las tinieblas, las nubes y las fuentes; en una palabra, las criaturas todas, desde el ángel hasta el más pequeño insecto, y desde el sol hasta la hojita del árbol.

2. Este es nuestro deber; el corazon mismo nos lo impone; la misma naturaleza lo prescribe; y nadie puede creerse exento de cumplirle. En otros tiempos, que la piedad cristiana no puede recordar sin dolerse de los presentes, los hijos de la Iglesia le cumplian religiosamente; y el labrador, cultivando sus campos y recogiendo sus mieses; el artesano, trabajando en su taller; la mujer, cuidando de su casa; el viajero, haciendo su jornada; el pastor, conduciendo su rebaño, todos, al principiar el dia y al acercarse la noche, bendecian al Señor con cantares espirituales; y en los dias festivos tomaban parte con la Iglesia en las alabanzas que diariamente tributa á Dios, á cuyo imperio salió de la nada todo lo criado. Pero hoy, ¡cuán distintas son nuestras costumbres de las que nos traen á la memoria aquellos tiempos felices! En nuestros dias, en vez de cánticos, se oyen blasfemias; en vez de santas alabanzas, solo se oyen por las calles palabras obscenas, cantares deshonestos, en los cuales se elogia el vicio, se aviva el fuego de las pasiones, y se prostituye la virtud.

Nadie es capaz de calcular toda la gravedad del pecado en que incurren los que cantan canciones obscenas. Prescindamos de la culpa que cometen, dejando de alabar á Dios, único Criador y Señor de los cielos y de la tierra. Prescindamos de la tristeza que causan á los espíritus bienaventurados, que dia y noche, ante su trono, le llaman tres veces *Santo*. Prescindamos del desacuerdo en que estos infelices se ponen con toda la creacion, que, á su modo, no deja de publicar la grandeza infinita de Dios. Prescindamos, repito, de todo esto, y re-

flexionemos cuáles pueden ser los efectos de una canción lasciva. ¿Sabe el cantor deshonesto, hasta dónde y hasta cuándo la canción, la frase ó la palabra que penetra en los oídos de sus hermanos, con el aliciente y la fuerza de expresión que le dan la música y la poesía, puede producir culpables resultados, y arrebatar á Dios los corazones? La facilidad con que se impresionan los que escuchan, y la facilidad con que las canciones se fijan en la memoria, hacen que, si son deshonestas, causen horribles estragos; y como el que las canta acostumbra hacer cuanto está de su parte para que le escuche el mayor número posible, resulta, que su pecado es gravísimo, de inmensa trascendencia; tanta, que ni él ni nadie es capaz de calcularla.

3. ¡Hermanos míos! Si de las palabras ociosas habremos de dar un día cuenta á Dios; ¿qué responsabilidad tan estrecha se exigirá á cantor lascivo por sus canciones deshonestas? Si cuando no nos edificamos mutuamente, cometemos una falta, calculad que será, cuando inducimos á otros al vicio. Si los que profieren palabras impuras ó deshonestas, hacen tanto daño en sus conversaciones privadas, ¿qué harán los que cantan canciones de este género? Meditadlo bien, amados oyentes, meditadlo bien, pues el asunto es más grave de lo que quizá os parece. En las canciones obscenas todo tiende á favorecer el vicio, todo influye poderosamente sobre nuestra imaginación, y nos arrastra á cometer los mayores excesos y desórdenes. La poesía y la música, que son, al parecer, el lenguaje con que debemos alabar á Dios, pues que con ellas se excitan y enardecen más nuestros afectos, se emplean para ofenderle y maldecirle; y en vez de atraer con su auxilio al amor de Dios á cuantos le desconocen, se procura arrebatarle los corazones y usurparle las almas.

¡Ay de estos infelices! En el día del juicio final se levantarán contra ellos, el anciano, á quien escandalizaron sus lúbricos cantares; la honesta casada, cuyo recato ofendieron; la pudorosa doncella, cuyos oídos afectaron; el angelical niño, en cuyo corazón derramaron el veneno; y todas las víctimas que habrán hecho con sus impuras excitaciones, y dirán: Señor, castigad con todo el rigor de vuestra justicia á estos desvergonzados enemigos de vuestra gloria, que procuraron perdernos. No basta. La tierra, el cielo, los árboles, los campos, las calles y las paredes, que hayan escuchado sus obscenos cantares, la naturaleza entera, se levantará contra los que cantan canciones lascivas, y arrojándose sobre ellos, les castigará por haber interrumpido la armonía con que las demás criaturas celebraban la gloria de su Criador. Vosotros, les dirán, vosotros, por lo mismo

que estabais dotados de razón y erais nuestros superiores, habiais de dirigirnos; vosotros debiais levantar vuestra voz sobre la nuestra: vosotros os habeis levantado contra Dios, á quien debiais siempre bendecir; contra nosotros, interrumpiendo nuestras armonías en loor del Criador; y contra vosotros mismos, haciéndoos acreedores al más horrible castigo. Id al fuego eterno, que os está preparado, pues nada impuro puede entrar en el lugar de la eterna felicidad.

¡Ay de los que entonan cánticos al vicio! Ofenden al Espíritu Santo, haciéndole prorumpir, según la frase de los santos Libros, en indescribibles gemidos: ofenden á los ángeles, que cantan de continuo alabanzas á Dios: ofenden á los santos: ofenden á los cielos: ofenden á la tierra: ofenden á toda la creación; y preparan su condenación eterna. Bien pronto sus cantares se trocarán en llanto, y sus alegrías en pesares.

Amados oyentes: trabajemos todos en proscribir para siempre las canciones deshonestas; hagamos todos los mayores esfuerzos por restablecer las antiguas y santas costumbres de cantar las glorias de Dios, valiéndonos de armoniosos aires y poesías populares. Conviene mucho, que todos lo procuremos de común acuerdo; no solo conviene, sino que es una imperiosa necesidad. Alabemos y demos gloria á Dios; ayudémonos unos á otros; y animémonos, por medio de cantares espirituales, á hacer buenas obras; proscribamos todo lo que puede sernos ocasión de desgracias espirituales, y, de este modo, alcanzaremos las bendiciones del cielo, y cantaremos eternamente las alabanzas del Señor en la patria de los bienaventurados.

PLANES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

I.

Todas las obras de la Creación muestranse agradecidas, cantando las alabanzas del Criador; el hombre, por el contrario, responde á los beneficios de Dios con la más negra ingratitud. Nadie, empero, abusa más de estos beneficios, que el que enardece las pasiones con canciones deshonestas. ¿A que fin nos ha concedido el Señor el uso de la palabra?

1.º Para que le alabemos. 2.º Para que le pidamos perdón de los pecados. 3.º Para que demos saludables consejos al prójimo. Y ¿qué hace el cantor deshonesto? Emplea este don precioso: 1.º En ofender á Dios y ridiculizar su ley; 2.º En multiplicar los pecados y glorificarlos; 3.º En escandalizar á sus prójimos.

II.

El Apóstol nos exhorta, á que nos abstengamos de toda palabra torpe, porque las palabras torpes causan incalculables males. Y ¡cuánto más perjudiciales aun son las canciones obscenas! No cabe duda; ellas son la ruina de las buenas costumbres; la sepultura de la inocencia.

I. Son la ruina de las buenas costumbres; lo dice el Apóstol: *Corrumpunt bonos mores colloquia prava.* (I. Cor. xv.) Las buenas costumbres no se conservan sino con palabras honestas. De la abundancia del corazón habla la boca, dice Jesucristo; las palabras lúbricas, pues, y las costumbres honestas son dos cosas que se rechazan.

II. Son la sepultura de la inocencia: 1.º Porque una sola palabra de doble sentido ha bastado, á veces, para pervertir á una alma inocente; ¡cuánto más las pervertirán las expresiones manifiestamente torpes con el atractivo del canto? 2.º Porque son cantores infernales: léjos de respetar la presencia de las doncellas y de los niños inocentes, es precisamente delante de ellos que hacen gala de su impiedad, y vomitan el inmundo veneno de sus entrañas.

Véase: CONVERSACIONES.

CAPITAL: Véase: CAUDAL.

CARÁCTER.

(GRANDIOSIDAD DEL CARÁCTER CRISTIANO.)

Ego ingredior viam universæ terræ; confortare et esto vir.

Yo voy al lugar á donde van á parar todos los mortales. Ten tú buen ánimo y pecho varonil.

(III Reg. 11, 2.)

El anciano rey David, el soldado que, en su juventud, habia salido con gloria de muchos combates; el profeta, que con tanta anticipacion habia previsto la vida y la muerte del Hijo de Dios; el poeta, que habia cantado los triunfos y las luchas de la Iglesia, estaba moribundo; y en este momento supremo, en el cual el hombre se complace en destinar sus últimas palabras á la manifestacion de sus sentimientos más íntimos, mandó llamar á su hijo Salomon, heredero del trono, y empezó por dirigirle las siguientes palabras: *Ece ingredior viam universæ terræ: confortare et esto vir.* Yo voy al lugar á donde van á parar todos los mortales. Ten tú buen ánimo y pecho varonil.

Al expresarse en estos términos David, no convertia sus palabras en últimos ecos de humano orgullo, sino que cedia exclusivamente á la inspiracion de Dios. Era, por otra parte, muy natural, que dijese á su sucesor, para quien estaban reservados grandes sucesos: *Esto vir, ten pecho varonil, sé hombre.*

En todos tiempos se han reconocido prácticamente diferencias en el significado de la palabra *hombre*. Los romanos llamaban hombre, *homo*, palabra latina formada de *humus*, que significa tierra, á un plebeyo y á todos los que pertenecian al vulgo; cuando, empero, querian dar á esta palabra el sentido de una calificacion distinguida, cuando pretendian referirse á un hombre ilustre, y grabar al pié